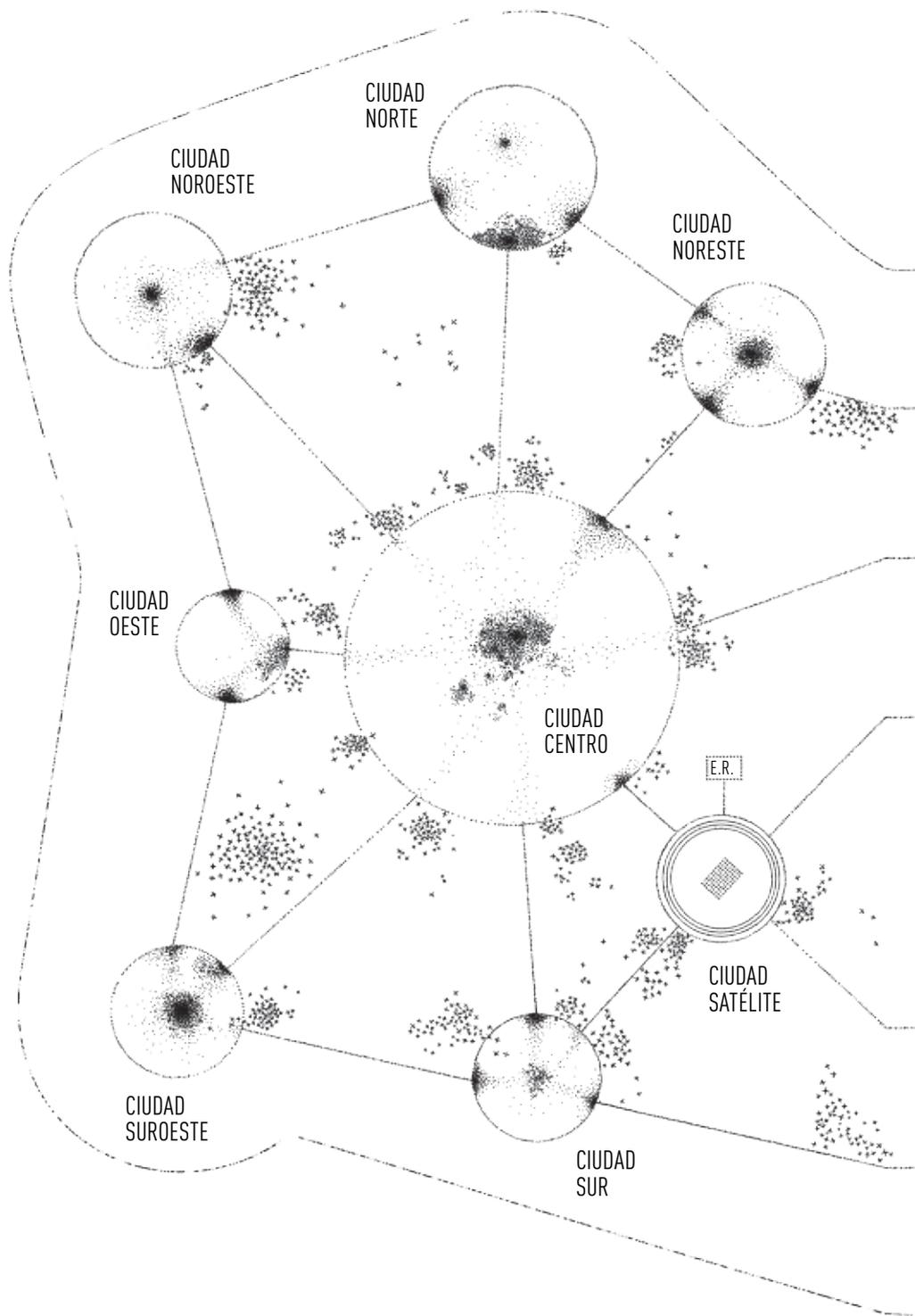




[www.loqueleo.santillana.com](http://www.loqueleo.santillana.com)





CIUDAD  
ESTE

CIUDAD  
SURESTE

- CIUDADES
- CPT (CENTRO DE PRODUCCIÓN TECNOLÓGICO)
- ▨ CORREDORES DE COMUNICACIÓN
- RESTOS DE LA MURALLA
- ZONAS DE EXCLUSIÓN
- ▭ E.R. ESCUELA DE RECURSOS

© 2016, Jordi Sierra i Fabra

© De esta edición:

2016, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-163-0

Depósito legal: M-909-2016

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: marzo de 2016

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Rosa Marín, Julia Ortega  
y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,  
comunicación pública o transformación de esta obra  
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,  
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))  
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# A R K A D Y A

---

JORDI SIERRA I FABRA

loqueleg

**Primera parte**

**Los 222**

Jay calculó los últimos movimientos.

Una cosa era ir rápido; otra, precipitarse.

Cruzó la zona intermedia con ojos en la nuca y bajo la calma de la noche alcanzó su objetivo, el pasillo A-9. Se quedó quieto unos segundos, pocos, los justos para acompasar los latidos de su corazón y asegurarse de que todo seguía en calma. Miró el gran distribuidor central, a su espalda, tan lleno a primera hora de la mañana y antes de anochecer, ahora vacío, y sonrió tan seguro como confiado.

Una vez más.

Otra noche.

Nadie en los pasillos. Nadie en el exterior de las dependencias de las chicas. Nadie, porque a esa hora todos en la ER debían estar en sus habitaciones descansando. El único riesgo, calculado, era ese: que le descubrieran allí.

No tendría excusas.

¿Un chico en la zona femenina?

A los mandos se les podía engañar de muchas formas, pero no mentir si se le pillaba de noche allí y con un brazalete modificado, que no emitía ninguna señal, fácilmente detectado en un simple escáner.

Cubrió la última distancia.

Eran veintisiete pasos.

Luego se detuvo frente a la puerta 97, estiró el cuello, levantó la barbilla y llamó con un seco y quedo golpecito apenas audible.

Salvo para Zenda, que le aguardaba impaciente y nerviosa al otro lado.

La puerta se abrió, Jay se coló dentro de un salto y los dos quedaron aislados del mundo.

Solos.

10

El primer abrazo y el primer beso fueron eternos, como cada noche desde hacía... ¿Tan poco? Imposible. A veces Jay sentía como si llevara toda la vida con ella, y lo mismo le sucedía a Zenda. Ya no concebían la vida el uno sin el otro. Antes de enamorarse no contaban, era como si no existiesen.

—Jay... —susurró la muchacha temblando.

—Vuelve a decirlo.

—Jay...

Le selló los labios con un beso, como si devorara su propio nombre junto con la saliva de Zenda. Esta vez tardaron casi un minuto en separarse. Cuando lo hicieron fue para respirar, serenarse, acompasar sus respiraciones y contemplarse el uno al otro, embelesados, manteniendo eterna aquella sorpresa del primer día, en el primer momento.

Un amor prohibido en la ER, pero al que se aferraban como náufragos con una tabla en medio de un mar tempestuoso.

Jay le pasó la mano por el cráneo. Tan brillante, tan reluciente. Le gustaba su forma, redonda, simétrica, diferente a la suya, más irregular. La mano descendió por la nuca y Zenda se estremeció. Era una de sus partes más sensibles.

Le bastaba con tocarla allí para que ella se abandonara en sus brazos y, luego, casi perdiera el sentido con el nuevo beso. Seguían de pie, con los cuerpos unidos, pegados el uno al otro. Necesitaban sentirse. Un día entero fingiendo no verse era demasiado. Y de noche, además de amarse, también necesitaban dormir, descansar, o los procesadores médicos descubrirían que algo les sucedía y reevaluarían sus sinapsis.

Vivir en el equilibrio era duro.

Se sentaron en la cama sin dejar de besarse y, lentamente, él la venció hacia atrás. Los ojos de Zenda eran de un verde luminoso. Los labios parecían de un eterno color rojo, como si acabase de beber un néctar de fresas o de grosella. Jay le pasó un dedo por ellos y la chica se dejó acariciar. Volvió a besárselos y descendió por la mejilla, el cuello... Cuando Zenda gemía, él sabía que la magia llegaba al cenit.

—Jay...

—Estoy aquí.

—Cada día tengo más miedo.

—¿Por qué eres tan pesimista?

—Porque tarde o temprano nos descubrirán.

—Imposible.

—¿Imposible? —había dolor en su voz—. ¿Cómo puedes ser tú tan optimista?

—La inseguridad crea miedo y el miedo te hace fallar. Yo no tengo miedo y soy el que viene a ti cada noche. Sé lo que me hago. No nos descubrirán.

—¿Cómo lo sabes? ¿Crees que somos los primeros que desafían las reglas y quebrantan el orden y las normas? Ellos deben de tener experiencia.

—Esto es seguro —insistió él.

—Nada es seguro —Zenda le miró con ojos brillantes como lagos a punto de desbordarse.

—¿Vas a tener un ataque de pánico ahora? —pareció burlarse Jay.

—No te rías.

—¿Por qué no confías en mí?

—¡Confío en ti! Pero si nos descubren...

—De acuerdo, si nos descubren, nos amonestarán. ¿Y qué?

12

—¡Será una amonestación grave, de primer orden!

—Podremos superarla. Nuestras evaluaciones son superiores.

—Las tuyas lo son.

—Vamos, Zenda. Somos de los mejores. No son estúpidos.

—Tú eres Jay Loghden, el número uno.

—Y tú Zenda Marcus, la número nueve. Los dos estamos en el top-10. De no haber sido así y compartido clases superiores, no nos habríamos enamorado.

—Siempre lo ves todo tan... distinto.

—Soy positivo.

Zenda bajó la mano por el brazo izquierdo de Jay hasta detenerse en el brazalete de identificación y control de su compañero. El de Jay era rojo. El de ella, azul. Vistiendo los mismos uniformes y con la cabeza rasurada, era una de las formas más fáciles de saber si el portador era hombre o mujer.

—Parece mentira que pudieras modificarlo —dijo la chica—. ¿Cómo lo haces?

—No es complicado. Basta con alterar los sensores direccionales. La señal sale de mi habitación, así que yo no

estoy aquí. Cuando regreso vuelvo a modificarla, ya te lo dije. No hay problema. Todo es cuestión de maña.

—Y de talento —le tocó la frente con un dedo.

—Bueno, cada cual tiene unas habilidades, ¿no? —sonrió él.

Zenda le inundó con una sonrisa de ternura. Seguían en la misma posición, ella boca arriba en la cama y él medio sepultándola con su peso. Hablaban tan cerca el uno del otro que los alientos emborrachaban sus sentidos tanto como el intenso brillo de sus miradas.

—¿Te imaginas que hubiera más como nosotros? —dijo la chica.

—Puede que los haya y no lo sepamos. Se cuidan, como lo hacemos tú y yo.

—¿Y si se enamoran pero no hacen nada?

—Entonces será porque el miedo es superior a su deseo y no merecen ese amor.

—¿Por qué ha de existir esa maldita norma?

—Alguien pensó que así nos concentrábamos más en los estudios.

—Alguien muy pragmático que jamás fue joven —lamentó ella.

—Zenda.

—¿Qué?

—¿Qué te pasa esta noche?

—No lo sé. —Retornó el tono acuoso de sus pupilas—. Pienso tanto en nosotros, en lo que nos espera...

—Cállate.

—Nos queda tan poco, Jay. —Dos lágrimas cayeron a ambos lados de su rostro.

—¡He dicho que te calles!

—Nos separarán en apenas un mes... —se vino abajo, llorando desconsolada mientras le abrazaba como si ya no quisiera soltarle jamás.

Esta vez Jay no pudo consolarla.

La abrazó fuerte, muy fuerte.

Hasta que buscó sus labios y al entregarse ella la besó con furia.

Largamente.

14 Jay pensó en su nuevo invento, en que casi lo tenía, pero no le dijo nada a Zenda. Se mordió la lengua, contuvo la ansiedad. Si su idea no salía bien, si fracasaba, sería el fin.

Los separarían para siempre.

Pero tenía que salir bien...

¿No era el mejor?

¡Tenía que salir bien!

Se separó un poco de ella y, ahora sí, empezó a quitarle la túnica.

Zenda se dejó hacer, como un muñeco roto.

—Estimulación —dijo Jay levantando la voz—. Naturaleza.

Al instante, las paredes, el techo y el suelo del cubículo, de apenas dos metros de ancho por tres de largo, se llenaron con imágenes paradisíacas. Un bosque, árboles, tierra, retazos de cielo azul tachonado por nubes blancas, pájaros volando, ardillas en las ramas, un ciervo que parecía observarlos a lo lejos.

Ya no estaban en el cubículo. La realidad virtual los convertía en parte de un mundo infinito en el que ellos podían dar rienda suelta a su amor.

E incluso creer que aquello era verdad y no eran dos simples estudiantes de la ER, la Escuela de Recursos.